

ANIVERSARIO 45 DE LA VICTORIA DE PLAYA GIRÓN

“Fuimos al combate pensando en la victoria”

| Alina Martínez Triay



“Los milicianos íbamos cantando marchas revolucionarias y creando consignas patrióticas, y cuando nos acercábamos a Jagüey Grande, a ambos lados de la carretera los pobladores de la zona al vernos pasar nos gritaban: ¡Denles duro! ¡Patria o Muerte! Todos estábamos ansiosos por llegar a Girón. Fuimos al combate pensando en la victoria.”

Así recuerda Alfredo Pérez San Miguel el trayecto en ómnibus Leyland del millar de hombres que integraban el Batallón 123, quienes partieron de Regla hacia Playa Girón en la tarde del 17 de abril. Como él, muchos de sus compañeros se enteraron de la agresión mercenaria en sus centros de trabajo e inmediatamente se presentaron en la casa del batallón.

Integrante de las Milicias Nacionales Revolucionarias desde el mismo mes de octubre de 1959, Alfredo recibió entrenamiento en la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas. Una semana antes había regresado de la Limpia del Escambray, y fue uno de los que alzaron sus fusiles en medio de la compacta multitud congregada en la esquina de 23 y 12 para demostrar su decisión de defender una Revolución definida ese día por Fidel como socialista.

“Íbamos tres en cada asiento y estábamos impacientes por entrar en combate. En la noche del 17 llegamos a las inmediaciones del central Australia, donde dormimos unas pocas horas entre los platanos de caña; al amanecer seguimos la marcha y a media mañana del 18 estábamos en Playa Larga, que ya había sido ocupada por nuestras tropas.

“Entonces nos ordenaron hacer una columna, delante iba un yipi con los oficiales, detrás dos o tres

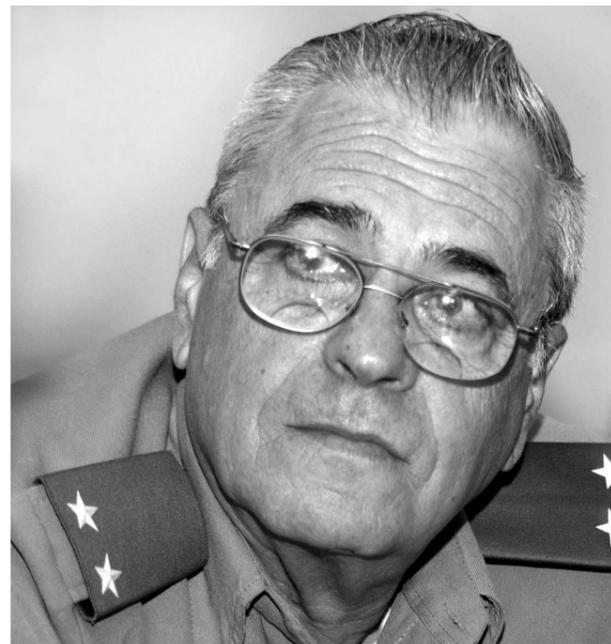
tanques, algunas ametralladoras antiáreas cuatro bocas remolcadas por camiones, y a continuación las guaguas. Cuando habíamos avanzado unos 15 ó 20 kilómetros llegó la aviación enemiga.

“Nuestra columna en medio de aquella carretera resultaba un blanco perfecto. Nos lanzamos de los ómnibus para buscar refugio, unos corrimos hacia al litoral, otros al monte. La situación era muy difícil porque en aquel lugar no teníamos prácticamente dónde protegernos ni contábamos con el armamento suficiente para responder a los aviones y tampoco había tiempo para emplazar las cuatro bocas, ya que estábamos bajo el fuego de la aviación enemiga que atacaba con rockets, napalm y ametralladoras. No obstante, varios milicianos, llenos de coraje, les tiraron.”

Trataron de evacuar a los heridos en uno de los ómnibus, pero fueron nuevamente ametrallados por la aviación, lo que provocó nuevas bajas.

Alfredo estaba preocupado porque en una de las guaguas que se encontraba más adelante iba su hermano de 17 años, que era enlace de la Plana Mayor del batallón, y temía por lo que podía haberle sucedido.

“Después que los aviones se fueron y pudimos salir a la carretera encontramos un panorama impresionante: varias guaguas ardían y en los lugares donde lanzaron el napalm no quedaban más que algunos tronquitos echando humo y tierra ennegrecida. Me impactó ver el cuerpo de un miliciano al que la metralla le había arrancado los intestinos, otros de los nuestros habían sido alcanzados por los rockets o quemados por el napalm. Encontré después a mi hermano sano y salvo. No obstante, fue duro saber que entre los heridos graves estaba Reinaldo Mandina, integrante de mi escuadra, quien más que compañero era mi amigo, porque habíamos compartido tres meses los riesgos de la lucha contra bandidos. Poco después murió, pero lejos de desanimarnos, lo sucedido nos llenó de indignación y de odio al invasor.”



Alfredo es actualmente teniente coronel, doctor en Ciencias Militares e investigador auxiliar, y trabaja en el Centro de Estudios Militares de las FAR.

| foto: Joaquín Hernández Mena

“Continuamos la marcha a pie, por ambos lados de la carretera rumbo a Girón, y el 19 fuimos atacados cerca de allí por los mercenarios con fuego de morteros. Nos sobrepasó el batallón de la Policía que iba a entrar en combate, mientras que a nosotros nos ordenaron internarnos en los manglares para tender un cerco y evitar que los mercenarios pudieran escapar, aunque nos habría gustado en ese momento ir al encuentro del enemigo. Después vimos pasar a los invasores capturados, eran la viva imagen de la derrota.

“Nuestro batallón tuvo 15 bajas mortales y varios heridos. Sin embargo la moral combativa siempre se mantuvo muy alta. Aquellos hechos me motivaron, dos meses más tarde, a ingresar en las Fuerzas Armadas, en las que estoy a punto de cumplir también 45 años.”

Mujeres sobre las armas

| Felipa Suárez Ramos

Entre los alumnos universitarios que el 26 de octubre de 1959 acudieron al multitudinario acto popular de condena a las frecuentes agresiones que, instigadas y apoyadas por Estados Unidos, elementos desafectos ejecutaban contra la joven Revolución cubana, como el bombardeo del 22 de ese mes a la ciudad de La Habana, se encontraba Alicia Gómez Granda, entonces estudiante de Ciencias Sociales.

Aquella noche, el Comandante en Jefe Fidel Castro llamó al pueblo a constituir las Milicias Nacionales Revolucionarias y finalizado el acto los estudiantes se dirigieron a la colina universitaria para de inmediato organizarlas. Alicia quedó al frente de un grupo.

Posteriormente fue seleccionada como parte del contingente que se trasladó a la Sierra Maestra para subir tres veces el Pico Turquino, y más tarde integró el alumnado del primer curso de la Escuela de Responsables de Milicias, de Matanzas, de donde a fines de noviembre de 1960 egresó como teniente.

Asegura que para ellas “la escuela fue verdaderamente importante, porque entonces muchos sectores de la vida del país estaban limitados para la mujer.

“Soy de la opinión de que la milicia constituyó el paso decisivo para lograr el ascenso de la mujer desde el punto de vista social, el reconocimiento de su derecho a participar en cualquier tipo de actividad de la nación, incluso en la defensa, para lo cual nosotras nos preparamos en Matanzas.”

Una semana antes de la graduación les ordenaron trasladarse a La Habana para ocuparse de la instrucción de las alumnas de la Escuela de Milicias Femeninas Lidia Doce, constituida en batallón a partir de



La defensa abrió una esfera hasta entonces vedada para la mujer, afirma Alicia. | foto: José R. Rodríguez Robleda

que les asignaron determinadas misiones de índole militar. A Alicia le correspondió la Sexta Compañía, integrada por 154 compañeras.

“Nuestra primera gran movilización fue del 31 de diciembre de 1960 al 21 de enero del siguiente año, cuando con motivo del cambio de poderes en Estados

Unidos se nos encomendó la custodia del central Toledo, en la actualidad Manuel Martínez Prieto. Pasado el peligro, sólo las oficiales permanecemos movilizadas porque había una situación de expectativa con respecto a lo que pudiera ser una agresión.”

Guardianas de la capital

El 15 de abril de 1961, aviones piratas bombardearon las bases aéreas de Ciudad Libertad y San Antonio de los Baños, en La Habana, y el aeropuerto civil Antonio Maceo, en Santiago de Cuba, con el objetivo de aniquilar la defensa aérea del país para posteriormente agredirlo militarmente.

“Nuestro batallón se movilizó, en su gran mayoría de forma espontánea, durante las horas transcurridas entre ese día y el siguiente, e incluso participó en composición completa en el entierro de las víctimas de los ataques a las instalaciones aéreas.

“Del cementerio de Colón nos dirigimos a la casa del batallón, en San Mariano y Sola, donde se nos dio la misión de, armadas con fusiles M-52 de fabricación checa, custodiar todas las escuelas, plantas eléctricas y telefónicas, estaciones de radio y televisión, periódicos y revistas, la Biblioteca Nacional, todos los edificios de la Plaza de la Revolución, el Banco Nacional, hospitales, ministerios..., en fin, proteger más de 300 objetivos económicos y sociales de la capital habanera y sus alrededores. Una vez derrotada la invasión mercenaria, participamos en la custodia de los mercenarios capturados, primero en la Ciudad Deportiva y, más tarde, en el Hospital Naval.

“Considero que con su incorporación a la defensa, en el propio año 1959, la mujer incursionó en una esfera hasta entonces vedada para ella. Si bien es cierto que, desde siempre, las cubanas han estado presentes en todos los momentos históricos; se trataba de pequeños grupos en su mayoría ligados a prominentes hombres. ¿Qué pasó con la milicia? Abrió un campo para todas las mujeres; rompió el mito que limitaba su papel al de madre y esposa.”